

873
S.

Pa2403

vH5

5b

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



HISTORIA

DEL VÉRDADERO

GARBULLO

PRIMERA PARTE

De cómo Garbullo se arrojó al río por temor de mojarse.

Un padre y una madre que se llamaban el uno Farfulla y la otra Briñola, tenían un hijo al que pusieron el nombre de Garbullo. Otros seis tenían, tres varones y tres hembras lo que hacía siete con Garbullo que era el más pequeño.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

Farfulla era guardabosque del rey de aquella comarca, con cuyo empleo se podía dar buena vida. Poseía una bonita casa en medio de la selva con un huertecillo en una plazoleta á orillas de un alegre arroyuelo que cruzaba toda la selva. Podía cazar, pescar, cortar árboles para calentarse, cultivar un pedazo de tierra no pequeño, y además cada año cobraba un sueldo del rey para que le guardara la caza y cuidase de los faisanes; mas el pícaro Farfulla no creía tener lo bastante y no hacía más que robar y exigir dinero á los viajeros; vendía las piezas de caza que pertenecían al rey y enviaba á la cárcel á los infelices que sorprendía recogiendo leña seca, en tanto que permitía á los ricos que cazaran en la selva real, sólo porque le daban



buenas propinas. El rey que era anciano y apenas cazaba ya, no sospechaba nada de esto.

La Briñola no era tan mala como el marido; pero tampoco era mucho mejor: su afición al dinero no podía ser más pronunciada, y cuando su marido hacía alguna picardía por interés, no le reñía, en tanto que le habría dado de palos siempre que sus fechorías no producian metálico.

Los seis chicos de Farfulla y de Briñola no podían ser buenos cuando tenían tales ejemplos á la vista. Sus padres les querían mucho y les suponían gran entendimiento en razón á que se mostraban rateros y mentirosos en cuanto sabían andar y hablar. Sólo Garbullo recibía malos tratamientos porque era simple y miedoso, según decían, y no quería seguir las huellas de sus hermanos.

Sin embargo, tenía una figurilla muy agraciada y le gustaba estar siempre con mucho aseo. No desgarraba sus ropas, no se ensuciaba las manos y nunca hacía daño á nadie. Más aún: tenía ocurrencias que le hacían pasar por necio y que por el contrario eran propias de un muchacho muy listo. Por ejemplo, cuando apretaba el calor se abstenía de beber con exceso habiendo experimentado que se tiene más sed cuanto más se bebe. Si acudía algún pobre á él en tanto que despachaba con buena gana un mendrugo, se lo daba al instante dicién-

dose para sus adentros : « Conozco lo que se padece con el hambre para no compadecerme. »

Garbullo fué uno de los primeros que imaginaron restregarse con nieve las manos y los piés para evitar los sabañones. Los juguetes que más le gustaban, los repartía entre los muchachos que le gustaban ménos, y cuando le preguntaban por qué hacia eso, respondía que era para ver si cobraria amistad á aquellos malos compañeros, pues tenia entendido que se acaba por simpatizar con aquellos á quienes se ha hecho algun favor. Si le entraba sueño durante el dia, se ponía en movimiento para despertarse, á fin de dormir mejor por la noche. Cuando tenia miedo cantaba á fin de dar el miedo á los que se lo habian dado á él. Si queria jugar se contenta hasta que hubiese concluido su trabajo, para divertirse con mejores ganas al fin de su tarea. En suma, era juicioso y vivía feliz á su manera; pero como sus padres entendian la cosa de otro modo, se burlaban de él y le atropellaban justamente por sus mejores ideas. Su madre le azotaba á menudo y su padre le rechazaba todas las veces que se acercaba á él para acariciarle.

« Lárgate de ahí, mentecato; le decia brutalmente su padre; nunca servirás para nada. »

Sus hermanos y hermanas viéndole aborrecido, le

menospreciaban y le hacian rabiar, lo que Garbullo soportaba resignado aunque no sin pena; pues con frecuencia se iba solo á la selva para llorar sin que le viera nadie y tambien para pedir al cielo que sus padres le amasen como él los amaba.

Habia en la selva una encina que á Garbullo le gustaba particularmente : era un árbol muy grande y muy viejo, hueco en su tronco y todo rodeado de hermosas hojas de yedra y de placas de musgo de un verde delicioso. Estaba bastante léjos de la casa de Farfulla y se llamaba aquel sitio la plazoleta del Abejon, sin que nadie supiera decir en el país el origen de tal nombre. Se creia que era el de un señor muy rico que plantó la encina y e o era todo. En las cercanías del árbol habia tantas piedras y encinas, que era muy raro que fuese alguién á la plazoleta.



Y sin embargo en aquel sitio se extendia un césped soberbio todo esmaltado de flores y se veia una fuen-

tecilla que iba á perderse en los peñascos contiguos corriendo y saltando por el musgo.

Un día que Garbullo más triste que de costumbre porque le habian maltratado más que nunca, habia ido á gemir solo al pié del árbol, cuando sintió que le picaba en el brazo un grueso abejon que no se movia y que parecia burlarse de él. Garbullo le cogió por las alas y poniéndole en su mano le dijo :



« ¿Por qué me haces daño cuando yo no te lo hago á tí? ¿Acaso los animales serian tan malvados como los

hombres? Y á la verdad eso seria natural porque son animales y á los hombres les toca dar mejor ejemplo. Anda y sé feliz; no te mataré porque me has tomado por tu enemigo y no lo soy. Tu muerte no me curaria la picadura que me has hecho. »

El abejon en vez de responder se revolvió en la manita de Garbullo y se pasaba las patas por la nariz y las alas, como un abejarron que se encuentra bien y que olvida sus fechorías.

« No me parece que te arrepientas, le dijo Garbullo, y tampoco te veo agradecido. Por tí mismo siento que tengas tan mal corazon, pues eres un abejon magnífico, lo confieso : no he visto otro más grueso ni lozano y aunque tu color negruzco que tira á violeta no sea muy alegre, ello es que se parece al manto del rey. Quizas eres un gran personaje entre los abejones y por eso tus picaduras son de primer orden. »

Estos elogios que hizo Garbullo sonriéndose, aunque el pobre chico tuviese todavía las lágrimas en los ojos, parecieron muy agradables al abejon, pues dió unas aletadas muy expresivas. Levantóse sobre sus patas lanzando una especie de canto sordo y grave, como el de un contrabajo, tomó su vuelo y desapareció.

Garbullo no era tan simple que no conociera las

propiedades de las yerbas selváticas y como le escocia la picadura, cogió algunas hojas y despues de haberse lavado bien el brazo en el arroyo, se aplicó aquel bálsamo y se durmió seguidamente. Durante su primer sueño creyó oír una música singular, como de voces de sochantres de catedral que salían de debajo de la tierra y decían en coro :

Zumbemos, zumbemos,
Aquí viene el rey.

Y el arroyuelo que huía por entre las peñas parecía decir con clara voz á las florecillas de sus márgenes :

Temblemos, temblemos,
El enemigo está ahí.

Las gruesas raíces de la encina se retorcian y se arastraban por la yerba como culebras. Las vinca-pervincas y las margaritas daban vueltas sobre sus tallos como azotadas por el viento; los hormigones negros que buscan comida en las cortezas bajaban á lo largo de la encina y se levantaban atónitos sobre sus patas traseras; los grillos salían del fondo de sus agujeros

asomándose por la abertura. Finalmente, la enramada y las cañas temblaban y silbaban con tanta fuerza que todo aquel alboroto acabó por despertar al pobre Garbullo.

Buena sorpresa tuvo cuando vió delante de él un



señor corpulento y rechoncho todo vestido de negro á la antigua usanza que le miraba con sus ojos redondos y que con voz ronca y brozosa, le dijo :

« Me has hecho un servicio que nunca olvidaré; pídemelo que quieras, muchacho, y lo tendrás.

— ¡ Ay, señor! respondió Garbullo sobrecogido de miedo, no me podriais dar lo que yo deseo. Mis padres no me quieren, y yo desearía que me quisieran.

— Con efecto la cosa no es fácil, respondió el señor vestido de negro; pero siempre podré hacer algo por tí. Sé que eres un chico muy bondadoso y quiero que tengas mucho entendimiento.

— ¡ Ay, señor! exclamó Garbullo, si para tener entendimiento he de ser malvado, prefiero no tenerlo. Seguiré siendo tonto, pero bueno.

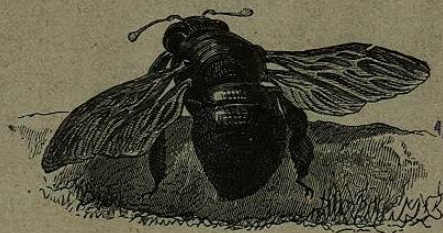
— ¿ Y qué vas á hacer de tu bondad en medio de gente malvada? replicó el hombre rechoncho con voz más cavernosa aún y dando vueltas á sus ojos que parecían ascuas.

— ¡ Ay, señor! no sé qué responder, dijo Garbullo que no se reponía del susto; me faltan palabras para contestaros; pero lo cierto es que nunca he hecho daño á nadie y no querría nunca tener ni ganas ni facultades para hacer daño.

— Vaya, veo que eres un necio, continuó el otro; te dejo porque no tengo tiempo para convencerte; pero nos volveremos á ver y si tuvieras alguna cosa que pedirme, acuérdate de mí y cumpliré mi promesa.

— Muy bueno sois, » respondió Garbullo cuyos

dientes se entrechocaban porque no se le iba el miedo. Pero casi en el mismo instante el señor se volvió y su casacon de terciopelo negro bañado por el sol, se puso primero de un azul oscuro y luego se cambió en un magnífico matiz de violeta; se erizó su barba, su capa tomó vuelo, lanzó un rugido sordo más horrible que el de un leon y elevándose pesadamente de la tierra, desapareció por entre los ramajes de la encina.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

Garbullo se restregó entónces los ojos y se preguntó si no era un sueño todo lo que había visto y oído. Parecióle que era sueño en efecto, y que sólo cuando el señor echó á volar, se sintió él despierto de veras. Recogió, pues, su palo y su morral y se volvió á casa porque temia otro castigo en razon á que habia estado fuera largo tiempo.

En cuanto entró le dijo su madre :

« ¿Ahí estás? Pues era hora de volver. Se necesita



que sea tonto este muchacho para que la suerte le venga á visitar y ni siquiera lo sospeche. »

Despues de haberle reñido se dignó decirle que el señor Abejon habia estado en la selva, que habia entrado en casa del guardabosque dondè se habia comido medio panal de miel por el que les dió una hermosa moneda de oro, y por último que habiendo mirado uno por uno á todos los hermanos y hermanas de Garbullo, preguntó á la madre : « ¿Pero no teneis un hijo más jóven

que estos? » Y habiendo sabido que existia otro de doce años de edad llamado Garbullo, exclamó : « ¡Bonito nombre ! Ese es el chico que yo busco. Enviádmele y haré su fortuna. » Y sobre esto habia salido sin entrar en más explicaciones.

« ¿Y quién puede ser ese señor Abejon? preguntó Garbullo estupefacto; yo no le conozco.

— El señor Abejon, respondió la madre, es un caballero riquísimo que acaba de llegar á estas tierras y que va á comprar un magnífico castillo cerca de aquí. Nadie le conoce; pero todo el mundo dice que es generoso y arroja el dinero á manos llenas. Quizas es un atolondrado; pero ya que le ha chocado favorablemente tu nombre de Garbullo, despáchate en ir á verle, pues de seguro te hará un regalo que no es de desdeñar.

— ¿Y en dónde le encontraré? preguntó Garbullo.

— No lo sé, respondió Briñola; me sorprendió tanto que no se me ocurrió pedirle sus señas; yo me figuro que habita ya en el castillo que quiere comprar, el cual se halla en el linde de la selva; tú conoces todo este país y no has de ser tan obtuso que no des con un hombre conocido ya por todos y de quien se cuentan cosas maravillosas. Ea, ponte en camino al instante y lo que te dé tráelo aquí : si es dinero, no te quedes con nada ;

si es algo de comer no lo cates siquiera; lo entregarás como lo recibas á tu padre ó á mí. Y pobre de tí, si no me obedeces, lo pagarán tus costillas.

— Me extraña que me habéis así, querida madre, respondió Garbullo; nunca os he robado nada, bien lo sabéis, y ántes que engañaros preferiría morirme.

— Y es verdad que tu tontería te impide todo eso, replicó la madre; pero basta de plática, andando. »

Cuando Garbullo se vió en el camino del castillo que le habia indicado su madre, se sintió muy cansado porque no habia comido desde por la mañana y estaba cerca la noche. Tuvo que sentarse al pié de una higuera sin fruta, pues no era tiempo aún, y estaba para desmayarse de debilidad cuando oyó zumbar un enjambre sobre su cabeza. Alzándose de puntillas, vió un hermoso panal de miel en el hueco del árbol, y agradeciendo á Dios aquel socorro, comió un poco de miel que le hizo un buen refrigerio. A punto de continuar su camino oyó una voz penetrante que salía del hueco del árbol y que decía : « ¡ Que no se nos escape ese malvado ! ¡ Muchachas, sirvientas, esclavas, todas contra ese ladron que acaba con nuestras riquezas ! »

Buen miedo le entró á Garbullo.

« Abejas, exclamó temblando, perdonadme. Yo me

moria de hambre y vosotras soís tan ricas que no creí causaros gran perjuicio probando vuestra miel; ¡ es tan exquisita, tan dulce y aromática ! Al pronto me pareció oro y sólo cuando la probé me dije que era un hallazgo mejor y más agradable que el del oro fino.

— El muchacho no tiene un pelo de tonto, dijo una vocecilla muy suave, y juzgo, querida Majestad, que por sus lisonjas merece que le perdoneis y que le dejemos continuar su viaje. »

Sobre esto se oyó en el árbol un zumbido general, como si todo el mundo hablase á la vez y se disputara; pero nadie salió y Garbullo pudo escapar sin que le persiguieran. Cuando se encontró á cierta distancia, tuvo la curiosidad de volverse y vió el sitio que habia dejado tan brillante que se paró contemplándolo. El sol en su ocaso enviaba vivísimos resplandores á los ramajes de la higuera y en aquella claridad que deslumbraba, podian distinguirse innumerables figurillas trasparentes que danzaban en remolino haciendo un ruido musical de un encanto indecible. Garbullo miraba con la mayor atención; pero sea que estuviera muy léjos ó que el sol le diese en los ojos, lo cierto es que no pudo comprender lo que veía. Unas veces parecían grupos de señoras y señoritas con vestidos dorados y cuerpos oscuros; otras

era un enjambre que relucía á los rayos del sol poniente.



Pero como la noche se acercaba más y más y el sol bajaba por detras de las zarzas, Garbullo acabó por no ver nada y continuó su caminata hácia el castillo del señor Abejon.

Mucho, muchísimo anduvo el muchacho creyéndose

siempre hácia el linde de la selva, hasta que por fin hubo de convencerse de que no sabia en dónde estaba. Sentóse otra vez á descansar un rato y le entraron buenas ganas de echar un sueño; pero como temia á los lobos no se durmió y prosiguió su marcha. Por fin se iba á dejar caer de cansancio, y hé aquí que de repente distinguió muchas luces que brillaban al traves de los árboles, y dirigiéndose á aquella parte se encontró al frente de una hermosa casa muy iluminada en la que resonaba un gran alboroto de baile, música y cocina.

Aunque avergonzado por llegar tan tarde, Garbullo llamó á la puerta principal y pidió permiso para hablar al dueño de la casa, si es que el dueño de la casa se llamaba el señor Abejon.

« Podedis entrar si os llamais Garbullo, le respondió el portero, pues tenemos orden de recibir muy bien á la persona que lleva ese nombre. Nuestro amo da una gran fiesta porque compra este castillo; le hablareis mañana.

— Sea enhorabuena, respondió el muchacho; con efecto, yo me llamo Garbullo.

— Pues en ese caso venid á cenar y á descansar. »

Y le llevaron á un hermoso cuarto que Garbullo tomó por el del amo de la casa y que sin embargo, era el de un criado de los principales. Allí le sirvieron

una rica cena de frutas y de dulces. Garbullo habria preferido una buena sopa con un buen pedazo de pan;



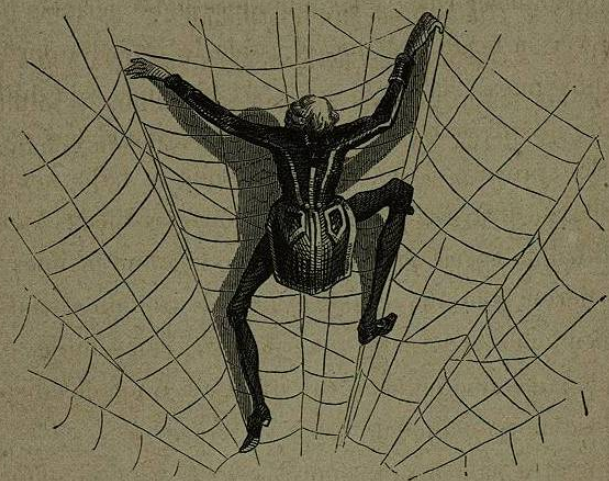
mas no se atrevió á pedirlo, y cuando sació su apetito lo mejor que pudo, le dijeron que podia tenderse en la cama para echar un sueño.

Aprovechó el permiso; pero el ruido que hacian en toda la casa le impidió dormir como habria deseado. A cada instante abrían las puertas y llegaba á él la música de los contrabajos que resonaban como un trueno. Cerraban luego las puertas y parecia que se habia acabado la música; pero entónces se oía el ruido de platos y botellas en la cocina y el cuchicheo de los criados que

parecian tramar alguna cosa, tanto que el pobre Garbullo ora escuchando ora soñando no sabia á punto fijo si estaba despierto ó si dormia.

De repente se imaginó que aquel criado que le trató con tantas atenciones, entraba y se acercaba á su cama. Se plantó delante á mirarle dormir y eso que no parecia tener ojos en su fea cabeza. Garbullo tuvo miedo y quiso hablarle; mas el criado comenzó á hacer *tic, tac*, y á remover brazos y piernas, subiendo al techo y bajando repetidas veces, y cruzando unos hilos sobre otros hilos con mucha prontitud y destreza, sin dejar de hacer un instante *tic, tac*, como la péndola de un reloj. Al pronto estos ejercicios divirtieron á Garbullo; pero cuando se vió envuelto en una red inmensa, se amedrentó nuevamente y quiso hablar, lo cual le fué imposible, pues en lugar de su voz natural lo que salió de su garganta fué un silbido agudo y débil como el de un mosquito. Trató de sacar los brazos de la cama y en vez de brazos sacó unas patitas tan diminutas, que temió romperlas si las ponía en movimiento. Finalmente, hechó de ver que se habia trasformado en una pobre mosca y que el supuesto criado del señor Abejon era una horrible araña de espantosas proporciones, toda velluda y muy ocupada en enredarle en su tela para de-

vorarle. Fué tal el susto que le causó este descubrimiento que se despertó y entónces no vió en el cuarto más que



al criado guardando en el armario botellas llenas, cubiertos de plata, vasos preciosos y las alhajas que robaba durante la fiesta, prometiéndose que achacarian aquellos hurtos á algun pobre diablo ménos favorecido que él con las buenas gracias del amo de la casa.

Garbullo no comprendió inmediatamente lo que hacia, pero lo advirtió cuando el criado se volvió hácia él y con aire asustado y amenadoazr le dijo con una

voz estridente parecida al ruido que hace un reloj desvencijado : « ¿Por qué me miras en lugar de dormir? »

Garbullo que no era tan simple como se creía, aparentó no hacer caso, y levantándose pidió permiso para ir á ver la fiesta, ya que el ruido le impedia dormir. « Anda pues á la fiesta, si te da la gana, » le dijo el criado que deseaba desembarazarse de aquel testigo.

Se apresuró á marcharse : subió y bajó muchas escaleras, atravesó infinidad de cuartos y observó gran cantidad de cosas que aunque eran incomprensibles, le divertieron sobremanera. En uno de aquellos cuartos habia muchos señores vestidos de negro con señoras muy engalanadas que jugaban con naipes y con dados disputándose montoncillos de oro.

En otra sala otros señores negros y otras señoras vestidas de colorines, bailaban al son de los instrumentos; y los que no tomaban parte en la danza miraban zumbando con tal estrépito que no se oía la música.

Vió luego que comian de pié, con mucho apetito y ménos aseo que el de Garbullo cuando hacia otro tanto. Pasaban de una habitación á otra, se empujaban, se morian de calor y toda aquella agitada multitud parecia triste ó rabiosa.